

Y es preferible á todos los honores
La quietud de una límpida conciencia.

Entonces nuestras almas conmovidas,
Dejando lo finito,
Se elevarán á Dios en himno ardiente,
Perdiéndose en lo azul de lo infinito.

IGNACIO PEREZ SALAZAR.

ETERNA ALIANZA.

Sobre el mármol de rica chimenea
Dos estatuas se ven:
En ellas el Amor y la Constancia
Representó el cincel.
Ambas figuras en estrecho abrazo
Confundidas están,
Que esa forma dió el émulo de Fidias
Al grupo escultural.

Contemplando una vez ese alabastro
De conjunto feliz,
Y pensando en lo que él simbolizaba,
Exclamé para mí:
¡La Constancia! ¡el Amor! con tierno abrazo
Se ligan; hacen bien.
Infeliz del Amor si la Constancia
Llega á apartarse de él!

ISABEL PESADO.

INFORTUNIO.

Lágrimas de dolor vierten mis ojos
Y al rodar por mi pálida mejilla,
Riegan de estéril suelo los abrojos
Y no las flores de amistad sencilla.

Caen como lluvia en incendiado huerto,
Cual de la aurora el llanto en roca dura,
Como semilla en arenal desierto
Que no fecunda el sol ni el aura pura.

No se cuidan los míseros humanos
¡Ay! del dolor que al desgraciado oprime:
Se entregan ciegos á deleites vanos
Y olvidan siempre al que sin tregua gime.

Jamás la alegre multitud que miro
Cruzar liviana mi azarosa senda,
Une á mis tristes ayes un suspiro:
No hay uno solo que mi mal comprenda.

Cuandó el amigo que creí sincero
De mí se aleja, y júzgame importuna,
Exclamo en mi pesar: ¡No hay verdadero
Hidalgo sentimiento en alma alguna!

El cobarde mortal huye espantado
Del ser á quien aflige negra pena;
Teme, al verle, sentirse contagiado
Y arrastrar de sus males la cadena.

Se imagina quizá que nunca el lloro
En nubes cubrirá su claro cielo;
Risueño porvenir, placeres, oro,
Busca tan sólo en el mezquino suelo.

Mas ¿para qué anhelar de mis hermanos
Alivio á mi penar y mi lamento,
Si de Dios los decretos soberanos
Tendrán en mí seguro cumplimiento?

Hora que se halla en soledad umbría
Mi alma infeliz envuelta en negro velo,
Sé que hay para sufrir, la tierra impía,
Y siento que hay para gozar, el cielo.

Y entonces ¡oh mi Dios! tu voz amante
Habla á mi corazón desfallecido,
Vuelvo á tí la mirada suplicante,
Y angustiada te muestro el seno herido.

Y tú, Señor, con mano cariñosa
El bálsamo le aplicas del consuelo;
Y el mar de mi existencia borrascosa
Tornas en manso y límpido arroyuelo.

La nave en que bogaba, en noche obscura
El huracán horrísono impelía;
Y ya en las bravas ondas, sepultura
Entre ardientes relámpagos le abría:

Cuando apareces Tú, mi fiel Amante,
Me tomas en tus brazos, y á tu seno
Estrechas mi cabeza delirante,
De compasión y de bondades lleno.

Y de mi vida el árido camino
Siembras de lindas y olorosas flores;

¡No te apartes de mí, Dueño Divino,
Que es tuyo sólo mi caudal de amores!

Porque ¿en dónde, mi bien, si tú te alejas,
He de posar mi atormentada frente?
¿A quién he de decir mis tristes quejas?
¿Quién dará alivio al ánimo doliente?

Me vería, cual árbol en invierno,
De sus hojas y frutos despojado;
Y en soledad horrible y luto eterno
Mi pobre corazón atribulado.

Si te vas, nunca olvides, Amor mío,
Que á tí tengo mi vida consagrada:
Mi cuerpo encierra en el sepulcro frío,
Y lleva mi alma á tu feliz morada.

JUAN DE DIOS PEZA.

I

EN MI BARRIO.

Sobre la rota ventana antigua
Con toscos alfeizar, con puerta exigua,
Que hacia la obscura calleja da,
Pasmando al vulgo como estantigua
Tallada en piedra, la santa está.

Borró la lluvia los mil colores
Que hubo en su manto y en su dosel,
Y recordando tiempos mejores,
Guarda amarillas y secas flores
De las verbenas del tiempo aquel.

El polvo cubre sus auréolas,
Las telarañas visten su faz,
Nadie á sus plantas riega amapolas;
Y ve la santa las calles solas,
La casa triste, la gente en paz.

Por muchos años allí prendido,
Unico adorno del toscos altar,
Flota un guiñapo descolorido,
Piadosa ofrenda que no ha caído
De las desgracias al hondo mar.

A arrebatarlo nadie se atreve;
Símbolo antiguo de gran piedad,
Mira del tiempo la marcha breve

Y cuando el aire lo empuja y mueve,
Dice á los años: pasad, pasad.

¡Pobre guiñapo que el aire enreda!
¡Qué amarga y muda lección me da!
La vida pasa y el mundo rueda,
Y siempre hay algo que se nos queda
De tanto y tanto que se nos va!

Tras esa Virgen de obscura piedra
Que á nadie inspira santo fervor,
Todo el pasado surge y me arredra;
Escombros míos, yo soy la hiedra;
Nidos desiertos, yo fuí el amor.

Altas paredes desportilladas
Cuyos sillares sin musgo ví,
¡Cuántas memorias tenéis guardadas!
Niveas cortinas, jaulas doradas,
Tiestos azules..... ¡no estáis aquí!

En mi azarosa vida revuelta
Fuí de esta casa dueño y señor;
¿Do está la ninfa de crencha suelta,
De grandes ojos, blanca y esbelta,
Qué fué mi encanto, mi fe, mi amor?

¡Oh mundo ingrato! ¡Cuántos reveses
En tí he sufrido! La tempestad
Todos mis campos dejó sin mieses.....
La niña duerme bajo cipreses,
Su sueño arrulla la eternidad.

¡Todo ha pasado! ¡Todo ha caído!
Sólo en mi pecho queda la fe,
Como el guiñapo descolorido
Que á la escultura flota prendido.....
¡Todo se ha muerto! ¡Todo se fué!

Pero qué amarga profunda huella
Llevo en mi pecho!..... ¡Cuán triste estoy!
La fe radiante como una estrella,
La casa alegre, la niña bella,
El perro amigo..... ¿Dónde están hoy?

¡Oh calle sola! ¡Vetusta casa!
¡Angostas puertas de aquel balcón!
Si todo muere, si todo pasa,
¿Por qué esta fiebre que el pecho abrasa
No ha consumido mi corazón?

Ya no hay macetas llenas de flores
Que convirtieran en un pensil
Azotehuelas y corredores.....
Ya no se escuchan frases de amores,
Ni hay golondrinas del mes de Abril.

Frente á la casa la cruz cristiana
Del mismo templo donde rezó;
Las mismas misas de la mañana,
La misma torre con la campana
Que entre mis brazos la despertó.

Vetusta casa, mansión desierta,
Mírame solo volviendo á tí.....
Arrodillado beso tu puerta,
Creyendo loco que aquella muerta
Adentro espera pensando en mí.

II

AL PAPALOAPAM.

¡Salve, anchuroso río,
Con muros de esmeralda por riberas!
¡En medio de tus ondas pasajeras
Concibe á Dios el pensamiento mío!

Con eterna ansiedad é igual encanto
Hasta la mar profunda te deslizas
Y al blando soplo de las auras, rizas
Sobre un abismo azul tu regio manto.

No hay en mi numen que tu luz abraza
Nada digno de tí. Débil, aspiro
A cantar tu esplendor. Prosigue, pasa.....
Al ver tu majestad callo y te admiro!

¿Qué mano augusta y pródiga en belleza,
Al extenderte sobre el virgen suelo,
Coronó con sus pompas tu grandeza?
¡Nuestra madre inmortal, Naturaleza,
En tus remansos aprisiona el cielo!

¿Qué estrofas no aprendidas te murmura
Robándote al pasar tus frescas galas,
La brisa que deshace con sus alas
El niveo encaje de tu linfa pura?
Estrellas tejen tu inmortal corona
En las noches del trópico calladas,
Y las tibias, tranquilas alboradas,
Oro derraman en tu fértil zona.

Cuanto la tierra esconde
Hermoso y rico en montes y praderas,
Su gran tesoro de misterios lleno,
Lo puso en tus riberas
Y lo fecunda tu anchuroso seno!

Si muere el sol en lecho de escarlata
Líquida lumbre entre tus ondas brilla
Y en ellas alza la cortante quilla
Al moverse el bajel, rosas de plata.

La alegre casa rústica, escondida
De tu serena margen en la falda,
Y la palmera erguida
Con su inmenso penacho de esmeralda;
En el diáfano espacio,
Fúlgida antorcha que á lo lejos arde,
Lágrima de topacio
La solitaria estrella de la tarde;
Bordando las laderas
Del pescador humilde las cabañas;
Las espigas en anchas sementeras;
La agreste soledad de las montañas:
El resonante coro
A que tu eterno murmurar responde
Y en que á los gritos del salvaje loro
Se mezcla el arpa de oro
De los jilgueros que la yagua esconde;
La tonina saltando en tus espumas
Que el pesado alcatraz roza intranquilo;
La esbelta garza de nevadas plumas
Burlando el acechar del cocodrilo;
El huaco centinela entre el follaje,
La guacamaya de pausado vuelo
Y como bardo errante del bosque
El pardo ruiseñor, eco del cielo;
Todo forma tu trono y tu paisaje:
Todo matiza y borda tus orillas;
Y tú, grande, magnífico, fecundo,
En medio de tan regias maravillas
Buscas por tumba el mar del Nuevo Mundo.

Eres la eternidad que se desliza
Sobre las obras frágiles humanas
Y mira igual el fuego y la ceniza,
Mientras el soplo de los siglos riza
Su larga cauda de temblantes canas.

Corre, anchuroso río,
Corre y torna á correr sin detenerte;
Todos vamos á un fin triste y sombrío,
Tú vas hacia la mar, yo hacia la muerte!

Tú puedes, en tus fértiles riberas,
Ver nacer y morir, año tras año,
Aves, flores, espigas y palmeras
Sin que nunca en invierno sientas daño
Ni te alienten las dulces primaveras!

Indiferente á todo, raudo lanzas
A un abismo sin fin tus verdes ondas,
Y arrastras cual perdidas esperanzas
Las aves muertas, las marchitas frondas,
El roble añoso, por el rayo herido,
Los frutos arrancados
Antes de que estuvieran sazonados,
Y algún desierto nido,
¡Hogar sin fe ni amor, que va al olvido!

Cual tú rápido vas al Oceano,
Siempre lleno de luz y en blanda calma,
Vuela á lo inmenso el pensamiento humano
Copiando en su cristal el sol del alma!

Así vuelan las aves de colores
Que en el nidal de la ilusión se crían;
Así se van la dicha y los amores
Que á las volubles ondas todo fian;
Así, cual tú, se lanza
A otro abismo sin fondo la esperanza;
Así la hermosa juventud camina
De místicos acentos al arrullo,
Y así todo declina
De la corriente humana en el murmullo.

¡Sólo tú eres eterno! Ni te abrasas
Con la lumbre del sol, ni en el invierno
Tus ímpetus sosiegas: siempre pasas
Y el hombre envidia tu pasar eterno!

El hombre, el rey que en tus volubles olas
Callando males que su pecho afligen,
No puede nunca, meditando á solas,
Saber su fin ni descubrir su origen!

¿De dó viene? ¿A dó va? ¿Quién ha logrado
Su destino explorar? Negra es la suerte
Que esconde lo futuro y lo pasado!
Tú paras en el mar, él en la muerte!

Deja que mi cansada fantasía
Tu regia pompa y majestad admire;
Deja que el alma mía
Mirándote correr sienta y se inspire;
Eres grande y hermoso
Cuando entre flores mil soberbio creces,
Y si te encrespa el norte proceloso
Gigante brazo de la mar pareces!

A la ciudad risueña
Que como amante tuya se reclina
Plácida, pintoresca y halagüeña
En tu clámide azul y cristalina,
Prestas eterno encanto á sus riberas,
A sus jardines das verdor y galas
Y se mira en tus ondas pasajeras
Cual níveo cisne de brillantes alas.
Llévame allí.....! Sacude la tristeza
Que embarga y mata el pensamiento mío,
Y prosigue soberbio de belleza.....
¡Salve, mil veces, anchuroso río!
¡Dios existe! ¡Tú copias su grandeza!

III

FUSILES Y MUÑECAS.

CUADRO REALISTA.

Juan y Margot, dos ángeles hermanos
Que embellecen mi hogar con sus cariños,
Se entretienen con juegos tan humanos
Que parecen personas desde niños.

Mientras Juan, de tres años, es soldado
Y monta en una caña endeble y hueca,
Besa Margot con labios de granado
Los labios de cartón de su muñeca:

Lucen los dos sus inocentes galas,
Y alegres sueñan en tan dulces lazos:
Él, que cruza sereno entre las balas;
Ella, que arrulla un niño entre sus brazos.

Puesto al hombro el fusil de hoja de lata,
El kepis de papel sobre la frente,
Alienta al niño en su inocencia grata
El orgullo viril de ser valiente.

Quizá piensa, en sus juegos infantiles,
Que en este mundo que su afán recrea,
Son como el suyo todos los fusiles
Con que la torpe humanidad pelea.

Que pesan poco, que sin odios lucen,
Que es igual el más débil al más fuerte,
Y que, si se disparan, no producen
Humo, fragor, consternación y muerte.

¡Oh misteriosa condición humana!
Siempre lo opuesto buscas en la tierra:

Ya delira Margot por ser anciana,
Y Juan, que vive en paz, ama la guerra.

Mirándolos jugar me aflijo y callo;
¿Cuál será sobre el mundo su fortuna?
Sueña el niño con armas y caballo,
La niña con velar junto á la cuna.

El uno corre de entusiasmo ciego,
La niña arrulla á su muñeca inerme,
Y mientras grita el uno: FUEGO, FUEGO,
La otra murmura triste: DUERME, DUERME.

A mi lado ante juegos tan extraños
Concha, la primogénita, me mira:
Es toda una persona de seis años
Que charla, que comenta y que suspira!

¿Por qué inclina su lánguida cabeza
Mientras deshoja inquieta algunas flores?
¿Será la que ha heredado mi tristeza?
¿Será la que comprende mis dolores?

Cuando me rindo del dolor al peso,
Cuando la negra duda me avasalla,
Se me cuelga del cuello, me da un beso,
Se le saltan las lágrimas, y calla.

Sueltas sus trenzas claras y sedosas,
Y oprimiendo mi mano entre sus manos,
Parece que medita en muchas cosas
Al mirar cómo juegan sus hermanos.

Margot que canta en madre transformada
Y arrulla á un hijo que jamás se queja,
Ni tiene que llorar desengañada,
Ni el hijo crece, ni se vuelve vieja.

Y este guerrero audaz de tres abriles
Que ya se finge apuesto caballero,
No logra en sus campañas infantiles
Manchar con sangre y lágrimas su acero.

¡Inocencia! ¡Niñez! ¡Dichosos nombres!
Amo tus goces, busco tus cariños;
¡Cómo han de ser los sueños de los hombres
Más dulces que los sueños de los niños!

¡Oh mis hijos! No quiera la fortuna
Turbar jamás vuestra inocente calma:
No dejéis esa espada ni esa cuna:
¡Cuando son de verdad matan el alma!

GUILLERMO PRIETO.

I

FUENTES POÉTICAS.

De querubín ardiente son tus alas,
Sublime inspiración! Ven á mi acento:
Con fiebre de ambición laten mis venas:
Rompa tronando mi clamor el viento,
Cual desborda sus ondas el torrente
Que ya no cupo en el estrecho cauce;
Como rasgando el rayo prepotente
La tenebrosa nube en que revienta,
Arde la selva, avívase la llama,
Y al cruzar en su carro la tormenta,
El incendio crujiendo se derrama.

Ya te siento venir; bañó mi frente
Vívido el rayo de tu luz divina,
Y es menos puro el apacible brillo
Con que tiembla la estrella vespertina.

Mi alma atrevida con delirio busca
Tu indeficiente luz, astro de gloria!
Obedece y resuena, lira mía;
Palpita de placer bajo mi mano,
Como se agita de la hermosa el seno
Cuando el amante audaz besa su frente;
Y así nadando el alma en un ambiente
De ilusión, de placer y de armonía,
Mi soplo vagará sobre la tierra
Empapado en tus himnos, patria mía.